

Juan Eduardo Zúñiga

(Madrid, 1919, 2020) Escritor, crítico y traductor español. Es premio Nacional de Traducción 1987 y uno de los escasos especialistas españoles en lengua eslava. Estudió en Madrid, ciudad en la que ha centrado los argumentos narrativos de sus novelas. Vivió en la capital de España durante la Guerra Civil, hecho que le



@oleismos

marcó profundamente. Lo movilizaron a finales de 1937, pero debido a su lamentable estado físico, lo destinaron a los servicios auxiliares. Cursó en Madrid estudios de Bellas Artes y Filosofía y Letras, y se especializó en literaturas eslavas y en el siglo XIX español.

EL SECRETO

Era una jovencita aún y todos elogiaban su encanto, su inocencia, sus grandes bucles sobre los hombros cuando, por las tardes, cantaba ante el piano que tocaba su madre, emocionada al oír su voz.

Transcurría así la vida tranquila en aquella casa, pero cierto día apareció un desconocido y se quedó a vivir allí. Era alto y hermoso, bueno e inteligente y la muchacha desde un principio lo admiró. A veces él le apretaba la mano y su mirada ahondaba misteriosamente en sus ojos azules. Desde que él había llegado todo se hacía más claro, más noble, sumía a la mente en cierta intranquilidad, pero también en una inefable tibieza al corazón. Volaban los días, pasó un año y llegó el último instante: él se fue y ella conoció el tiempo de la tristeza y del sufrimiento, pero no quiso preguntar a nadie si volvería.

Un día, inesperadamente el huésped regresó y se acercó a sus labios y murmuró: “No temas, querida, soy invisible para los demás” y las bocas se unieron con pasión. Desde entonces estuvo cerca de ella: lo veía en el fondo de una habitación, en el corredor, al pie de una escalera, la seguía por la calle, se sentía abrazada con fuerza y ella se entregaba a su abrazo. La más extraña felicidad la acompañaba a todas horas: en el jardín, junto al piano, notaba que sus manos la acariciaban; de noche, despertaba y lo encontraba a su lado, desabrochándole, despacio, los botones del camisón.

Todos decían que su mirar velado y los colores de sus mejillas arreboladas podían ser de fiebre, pero ella pensaba que nadie habría de saber la vehemencia con que se entregaban al amor.

Misterio de las noches y los días, Barcelona, Círculo de Lectores, 1993, págs. 15-16